



RASGOS DEL GENERAL DIAZ.

EL día 18 de noviembre de 1876, la ciudad de México despertó conmovida. El día anterior las fuerzas lerdistas habían sido derrotadas en Tecoac por el general Porfirio Díaz, y el Presidente don Sebastián Lerdo de Tejada, sus ministros y otros funcionarios, en la noche, abandonaron furtivamente la capital, que amaneció desguarnecida, sin gobierno ni autoridades que le dieran protección y garantías.

Las tropas victoriosas quedaron acampadas en Tepexpan y Cerro Gordo. El general Díaz llegó a esta ciudad dos días después de la batalla de Tecoac, acompañado solamente de una pequeña escolta. Arribó por la estación del Mexicano, y

en una carretela descubierta, acompañado por los generales Chavarría y Loaiza, recorrió las calles del Puente de Alvarado, Tacuba, Vergara y San Francisco, hasta llegar al Palacio Nacional. El general Díaz estaba aún embriagado por el triunfo que le entregó los destinos de México por largos años. ¡Se había realizado el sueño dorado de toda su vida!

En el tránsito fué aclamado el general Díaz. Al pasar por la antigua calle de San Andrés, observó que la casa del licenciado Manuel Romero Rubio permanecía toda cerrada, contrastando con los otros edificios, llenos de gente expectante y curiosa. Hacía dos días que el licenciado Romero Rubio, Ministro de Relaciones Exteriores e Interiores en el gobierno lerdistista, había abandonado la capital para seguir la misma suerte que el Presidente Lerdo de Tejada. Por ese motivo, doña Agustina Castelló de Romero Rubio ordenó que las puertas y ventanas de su casa permanecieran clausuradas durante el paso del general Díaz por esa calle. ¿Cómo iba a permitir que se engalanaran los balcones, cuando hasta los criados recibieron órdenes estrictas de no salir a la calle? La institutriz no violó tan

rígidas instrucciones. La señora de Romero Rubio había ordenado que nadie saliera a la calle, que nadie permaneciera en las puertas y en las ventanas; pero no en las azoteas. Así, pues, creyó prudente contemplar el desfile de los soldados porfiristas desde ese lugar, y sigilosamente llevó consigo a la mayor de las hijas de don Manuel Romero Rubio, que en esos momentos marchaba rumbo al destierro.

Esa niña tenía doce años. Era Carmen Romero Rubio que, por primera vez, vió al general Díaz, que más tarde había de ser su esposo. Al terminar el desfile, la institutriz y la niña bajaron precipitadamente al lado de aquella mujer affigida y llorosa. La hijita menor de doña Agustina Castelló de Romero Rubio estaba gravísima. Esa pena inmensa era más cruel y dolorosa por la ausencia irremediable del esposo y el triunfo definitivo de un enemigo político que, de acuerdo con las prácticas establecidas, se ensañaría con los derrotados y los caídos.

Unos días más tarde, después de haber ocupado el general Díaz la capital de la República, un capitán del Estado Mayor del caudillo tuxtepecano se detenía frente a la casa número 12 de la antigua calle

de San Andrés, a preguntar por la señora Romero Rubio. La familia y la servidumbre entraron en un sobresalto mortal. ¿Qué pretendía?

—Vengo en nombre del general Díaz—expresó el capitán, notando el asombro reflejado en el rostro de la señora—a decir a usted que siente la enfermedad de su hijita, y que, deseando aminorar la pena que aflige a usted en estos momentos, la autoriza para que, en su nombre, le mande decir al señor Romero Rubio que puede regresar cuando él lo desee a esta ciudad, y tendrá toda clase de garantías.

La señora Castelló de Romero Rubio no supo qué contestar. Estaba anonadada. Creía que soñaba, y no podía comprender el alcance de esa atención. Dudaba de que el general Díaz hubiera mandado ese recado. ¿Para qué? Si era el triunfador, si era el victorioso. No necesitaba atraerse a nadie. Congraciarse con los enemigos era una cosa insólita en la turbulenta historia de México. No se había visto jamás. Nadie lo había hecho. Ni Santa Anna, ni Juárez, ni Lerdo de Tejada. Antes del general Díaz nadie había seguido esa política. Después del viejo dictador lo hicieron Madero, De la Huerta y Obregón.

S E N D E R O S

El caudillo sonoreense, a raíz del triunfo de Agua Prieta, se reconcilió con infinidad de enemigos personales y políticos. De fuertes pasiones, de odios terribles y, sin embargo, cuando yo le hablé de la conveniencia de mandar a un enemigo enconadísimo de él a una misión especial a Europa, inmediatamente accedió, diciendo que no tenía ningún derecho a negarle a un mexicano los nobles propósitos de servir a su patria. Al ingeniero Pani que, desde París, había condenado rotundamente el Plan de Agua Prieta, le dió cabida muy importante en su gobierno, no obstante su demostrada lealtad a la administración carrancista.

¿Por qué el general Díaz rompía con las viejas tradiciones? El licenciado Romero Rubio lo había combatido en todos los terrenos, y no era, por lo mismo, lógica esa atención con un enconado enemigo político de toda la vida. Ministro de Lerdo de Tejada, uno de los presidentes más intransigentes de México, atacó al general Díaz, a tal grado, que muchas familias salieron huyendo del país, porque se había pintado al hijo de doña Petrona con los más negros caracteres, y creyeron que era una especie de Francisco Villa. Pero

él negó con hechos los ultrajes que se le habían dirigido por largos años.

La familia Romero Rubio decidió enviar a una persona para que se informara con el caudillo victorioso si él mandó ese recado. El general Díaz contestó que sí, y que lo ratificaba en todas sus partes. Poco tiempo después llegó a México Romero Rubio, y fué a darle las gracias al Presidente de la República.

De esa manera iniciaba el general Díaz la política de conciliación. En ella cabían los mexicanos de todos los bandos. Nadie niega que Lerdo de Tejada fué un hombre de talento, distinguido, culto; pero de una intransigencia sin límites. Esa intransigencia despertó grandes odios, rencores inextinguibles, odios y rencores que contribuyeron poderosamente a su caída. El caudillo oaxaqueño venía a gobernar para todos los mexicanos. Al morir don Sebastián Lerdo de Tejada, solamente don José María Iglesias permaneció alejado del régimen porfirista, no obstante el empeño del general Díaz para que ese patriota aceptara cargos de confianza. Siempre los rehusó. Todavía durante el gobierno de don Manuel González fué invitado a colaborar en una comisión fuera de la

política, y no aceptó. Permaneció alejado siempre del régimen tuxtepecano. Así lo sorprendió la muerte. Ese mismo día se presentó en la casa de la familia Iglesias una comisión de magistrados. Iba en nombre de la Suprema Corte—tal vez con la autorización del general Díaz—a suplicarles a los hijos del esclarecido patriota, que permitieran que el cadáver de su padre fuera velado en el salón principal de aquel Alto Tribunal, para rendirle así merecidos homenajes a quien tan eminentes servicios había prestado a la República.

La familia de don José María Iglesias negó esa autorización. Los hijos continuaron la misma línea de conducta trazada por el padre. Permanecieron siempre alejados de la cosa pública. Pero no solamente eso. Hostilizaron abiertamente el régimen porfiriano. Hasta en los detalles más insignificantes criticaron al general Díaz. Se llegó a dar el caso de que don Fernando Iglesias Calderón, en un banquete en donde estaban sentados muchos porfiristas, marcara con toda claridad su oposición abierta al general Díaz. A la hora de los postres se levantó un comensal a proponer que se le enviara un telegra-

ma al héroe del 2 de abril. Aquello fué un botafuego. Se opuso enérgicamente a ese acto de servilismo, y no fué enviado el mensaje. Creían ciegamente los porfiristas que no había un solo mexicano que se enfrentara con el caudillo de Miahuatlán y la Carbonera.

Imperialistas, lerdistas, juaristas, antiguos iglesistas, tuvieron cabida en el gobierno del general Díaz. ¡Hasta un hijo de Juárez olvidó que el rebelde de La Noria se había levantado en armas para derrocar el gobierno de don Benito, y figuró en la administración porfiriana! ¡Pero hijos de don José María Iglesias, no; nada los hizo doblegarse ante el hombre que llamó a todos los mexicanos a la concordia nacional!

Por diferentes motivos, la Revolución se ha dividido y subdividido en varios bandos. Si el ingeniero Ortiz Rubio logra la unión de todos los revolucionarios y gobierna para todos los mexicanos; si les abre las puertas de la patria a todos los exiliados políticos, como lo hicieron De la Huerta y Obregón, para que vengan a contribuir al progreso de México, será el primer paso que dé para consolidar su régimen gubernamental sobre bases incon-

S E N D E R O S

movibles. El odio sólo engendra la ruina y la infamia. La armonía y la libertad, hacen a los pueblos prósperos y fuertes. ¿Por qué nuestro país ha de estar consagrado a pasar del odio a la miseria, y de la miseria a la ruina? Hay que cerrar para siempre esa era siniestra. Se cierra por medio del trabajo, de la conciliación, de la libertad, de la justicia.